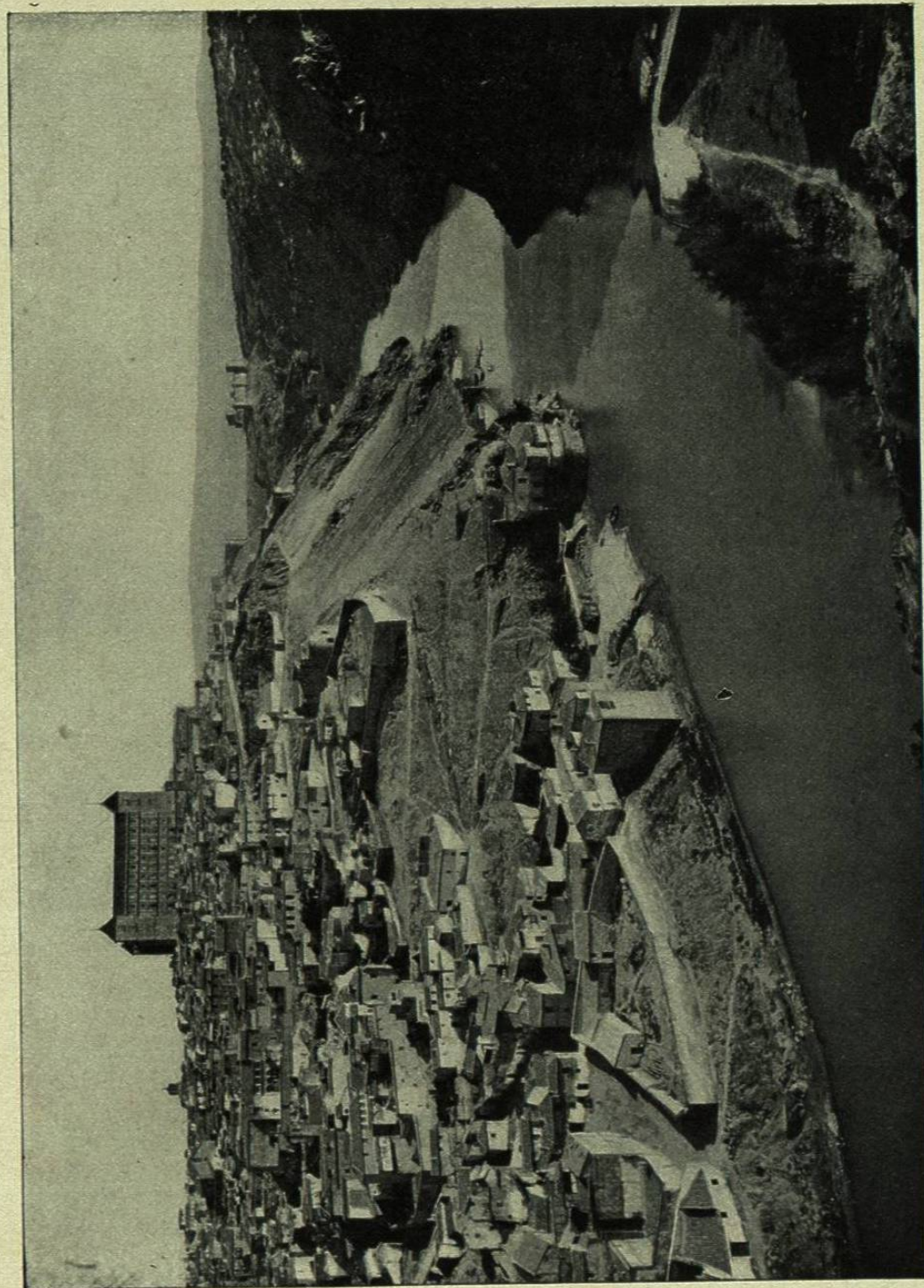


ciones estén encerradas en sus fronteras y envueltas en sus viejas tradiciones políticas, el mismo balanceo que en las épocas de la Edad Media y del Renacimiento arrastrará ahora á Italia, unas veces hacia su vecina del Norte, Alemania, otras hacia cualquier otro gran Estado.

Los dos reinos que se reparten desigualmente la península Ibérica, España y Portugal, se han conservado separados y hostiles, encerrándose cada uno en su patriotismo local y en la rutina administrativa. La consecuencia natural ha sido hacer de Portugal una cantidad no apreciable, que apenas tiene una apariencia de independencia política. Demasiado débil para no tener necesidad de apoyos extranjeros en la cuestión de orden internacional; demasiado dividido, hasta en concepto geográfico, por el contraste que presentan las dos mitades del país separadas por el estuario del Tajo; demasiado ignorante y desprovisto de valor propio en la masa de su población; por último, demasiado privado de sus elementos enérgicos por la constante emigración que lleva sus mejores hijos hacia las costas brasileñas, Portugal carece de fuerza para reaccionar contra los intereses de familia, de poder y de dinero que atraen sus amos á la órbita de las potencias extranjeras, ó más bien en la de la Gran Bretaña, reina de los mercados portugueses por el símbolo de su moneda, tan acertadamente denominada el «soberano». Á pesar de la humillación que los Ingleses le hicieron sufrir en 1885, cuando, pasando del valle del Limpopo á las orillas del lago Nyassa, se apoderaron de la cuenca media del Zambeze, tradicionalmente considerada hasta entonces como posesión portuguesa, la sujeción política del pequeño reino á la política inglesa se ha hecho tan patente, que hasta las colonias africanas de Loanda y de Mozambique, sin hablar de Lourenço Marquez, están ya subordinadas á las exigencias administrativas y fiscales de Inglaterra.

Quizá se halle España en vías de sufrir una humillación semejante. Tan unida á los puertos británicos por los caminos del Océano como lo está á Francia, y no teniendo con ésta más que dos vías férreas de unión directa, la península es en gran parte vasalla del capital inglés, que comandita en ella gran número de minas, ferro-

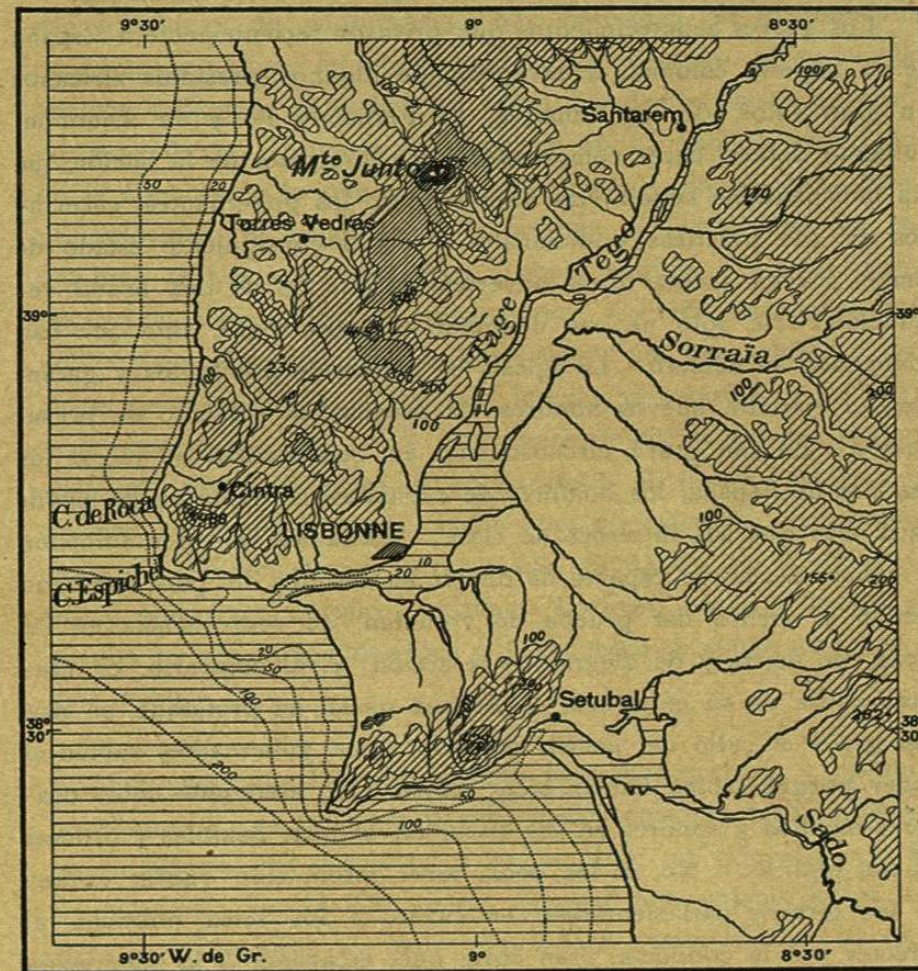


TOLEDO Y EL TAJO

G. J. Kuhn, edit.

carriles, manufacturas y otras empresas. Hasta el ultraje indeleble hecho á España como nación por la ocupación militar de Gibraltar contribuye, de tal modo son débiles los hombres, á aumentar el

N.º 497. Lisboa y el Tajo.



1: 1000 000
0 10 25 50 Kil.

prestigio de Inglaterra; ese dardo clavado en la carne viva produce la enfermedad de todo el cuerpo. Ese solo punto, apenas perceptible sobre el conjunto del mapa, basta para determinar toda la política del Estado. España ni siquiera osa defenderse: la posición de Algeciras domina la de la ciudadela inglesa sobre el golfo, y la

Gran Bretaña ha significado á los Españoles que consideraría como acto «poco amistoso» la construcción de toda obra militar sobre la punta que hace frente á sus propias fortificaciones, y España se ha visto obligada á interrumpir sus trabajos defensivos, mientras los ingenieros ingleses aumentan á su antojo los medios de ataque.

Los graves acontecimientos que privaron recientemente á España de su imperio colonial, á excepción de algunos presidios africanos sin gran valor, de las Canarias, de Fernando Po y de Annobon, hubieran debido hacer comprender á los directores de la nación que era indispensable seguir vías nuevas; pero los gobernantes, encerrados en sus prácticas tradicionales y en el consiguiente estado de alma, ¿pueden aceptar otras advertencias que las de una brutal revolución? No sólo no han destruído un solo abuso, sino que han aumentado su número. La Iglesia ha reclamado privilegios y garantías; el ejército, nuevos honores; la marina, un aumento de presupuesto. En tan grave circunstancia, en que estaban en juego los destinos de España, los hombres de «Estado» no veían en su mayor parte más que sus intereses de clase. Todos los que por ambición se habían declarado capaces de dirigir los asuntos del país, hubieran debido al menos dar prueba de voluntad, de consecuencia en las ideas, de fuerza y de alegría en la acción, y, al contrario, en ninguna época de su existencia la España oficial ha profesado en más alto grado el culto del énfasis oratorio. Los gobernantes subían al poder porque sabían hablar bien: habían sido escogidos como oradores amplios y sonoros en sus discursos, hábiles, flexibles y prontos en sus réplicas. No se les pedía tener razón, sino quedar encima en los torneos parlamentarios; en cuanto á los actos políticos, al carácter y á la conducta, eran cosas que, escapando á la admiración de los tontos, se consideraban por eso mismo como secundarias. El Congreso español, que es entre todos los Parlamentos de Europa, «elegido» según las prácticas administrativas más desvergonzadas, era también el en que se oían los más bellos discursos. Los desastres se sucedieron uno tras otro, pero ¡qué fuertes palabras se pronunciaron para dramatizar esas desgracias ó para transformarlas en otros tantos triunfos! Con ellas pudiera escribirse una antología, comparable á los más bellos modelos de la antigüedad clásica.

Si España ha pagado así los gastos de su derrota con admirables prosopopeyas, no está menos obligada, como los demás pueblos, á acomodarse á la vida contemporánea. Á medida que las cuestiones nacionales cesan de ser exóticas, exteriores, para tocar á los intereses de provincia ó de clase, el arte de decir con sonoridad disminuye de importancia: hay necesidad en lo sucesivo de ocuparse de hechos, de cifras, de elementos precisos. Una evolución análoga á la que se realizó en todos los demás países se produjo en la península. Aunque el socialismo no ha abolido aún el floreo de la frase — de lo que todavía está lejos, — no obstante, ha simplificado algo el lenguaje de la tribuna, y los artistas en bellas palabras se han visto obligados á poner sordina á su voz para no desagradar á su público de trabajadores. La vida nacional se vuelve más seria y el lenguaje ha de conformarse por una sobriedad mayor á esa participación cada vez más intensa al estudio de los problemas contemporáneos. Como dice exactamente un escritor moderno: «No hay razón de acusar de degenerado al pueblo español; aun no está constituido, puede decirse que no existe»¹. Su formación normal fué sofocada en germen por Fernando de Aragón, Carlos V, Felipe II...; pero España y Portugal nacen á la vida: los dueños se ven obligados, bien á pesar suyo, á contar con una opinión pública.

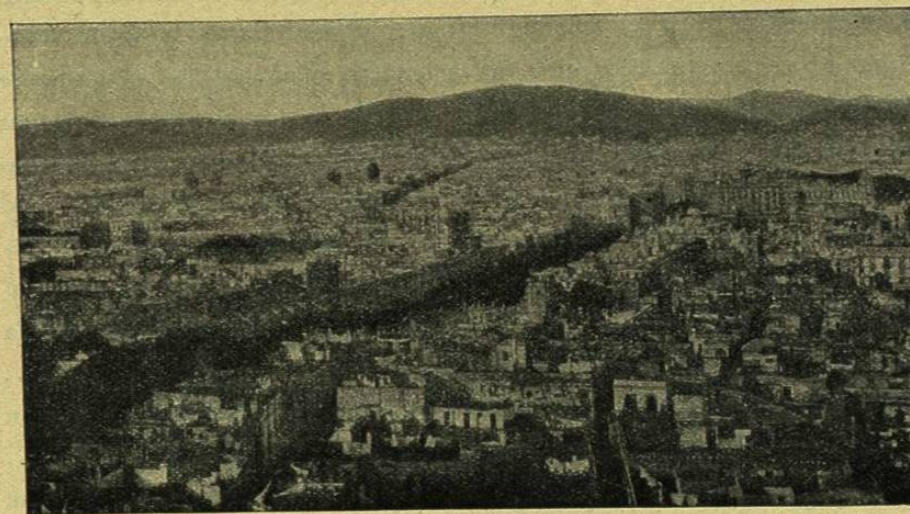
Francia, como España, ha sido muy menoscabada y disminuída políticamente: ya no le es posible soñar, como lo hizo varias veces en su historia, en conservar ó reconquistar el primer rango entre las naciones; ha de contentarse con ser una unidad en el «concerto» de las ocho «grandes potencias», con clasificar su ejército en la tercera categoría y su flota de guerra en la tercera ó cuarta, mientras que por su población, su comercio y su industria queda más atrás en la lista de preeminencia. Impotente para hacer prevalecer su voluntad en los consejos de Europa, ha tratado de indemnizarse por anexiones de territorios ultramarinos: despues de la Gran Bretaña, es la nación que más ha sufrido esa enfermedad contagiosa

R. Mella, *Crise d'une nationalité*, «Humanité Nouvelle», Julio 1900, p. 97.

á que Novicov ha dado el nombre de «kilometritis»¹. La extensión del imperio colonial que, según los mapas, se supone pertenece á Francia, excede con mucho en superficie al espacio que la metrópoli ocupa en Europa. La consecuencia inevitable de todas esas anexiones consiste en debilitar el país, si no colonizador, al menos conquistador: esa vegetación frondosa de ramas adventicias ha de agotar la savia del tronco principal. Bastaría que la potencia se comprometiera en empresas vitales de ataque ó de defensa con el resto de Europa para que le fuese imposible ocuparse de las comarcas situadas completamente fuera de su órbita de atracción. ¿No es eso, por lo demás, lo que sucedió durante las guerras de la Revolución y del Imperio? La mayor parte de las posesiones francesas de ultramar dejaron de pertenecerle porque ningún interés tenían las poblaciones indígenas en defenderse contra el menor ataque de los barcos ingleses que «mandaban á las olas». Durante la misma guerra de 1870, hubo territorios de los oficialmente designados «colonias francesas» que fueron completamente evacuados, sin que un enemigo se tomara la molestia de atacarlos. Evidentemente todos esos países alejados de la comarca de donde proceden los invasores permanecen como adquisiciones precarias, puesto que los conquistadores no han arraigado y sólo están allí como explotadores odiados ó como visitantes temidos. La proporción de los naturales de Francia que residen en los territorios llamados coloniales, situados fuera de la Mauritania, y que no tienen por habitantes más que indígenas con ó sin derecho de voto, es infinitesimal, por decirlo así. En todas las colonias africanas, asiáticas ú oceánicas, exceptuando la Reunión y la Nueva Caledonia, apenas se cuentan 25,000 Europeos civiles, de los cuales á lo sumo 20,000 son Franceses, y 36,000 soldados venidos de la Metrópoli. Las posesiones de la Indo-China, que tienen ciertamente gran importancia económica y que no pueden menos de aumentar constantemente su valor, deben sus progresos materiales mucho menos á sus propietarios y administradores franceses que á los mercaderes europeos de otro origen, á los inmigrantes chinos y principalmente á los mismos indígenas,

¹ *Conscience et volonté*, p. 277 y siguientes.

que son hombres de trabajo y de inteligencia. En cuanto á las Antillas francesas, la Martinica y la Guadalupe, los hijos de los antiguos esclavos, todavía negros ó mulatos por su origen africano, han llegado, no obstante, á ser franceses por la lengua, la educación, el sufragio y la conciencia nacional; mas por el comercio han entrado ya, á pesar de las tarifas diferenciales, en el círculo de atracción de los Estados Unidos.



VISTA GENERAL DE BARCELONA

Cl. Ant. Thomas.

A pesar del número y de la extensión de sus posesiones coloniales, en las que los patriotas franceses fingen hallar la fuerza, y que en realidad son una causa de debilidad, Francia comprende la inseguridad de su posición entre dos Estados mucho más poderosos que ella, el uno por su dinero y sus flotas, la Gran Bretaña; el otro por su población y su ejército, el imperio germánico; y se ha visto también obligada á buscar una alianza, aun á riesgo de atropellar lo que antes respetaba con el nombre de los principios republicanos. Los diplomáticos se han esforzado por armonizar las notas de la Marsellesa con las del Himno del Czar, y el noble ideal que inspiraba á los hombres de la Convención ha sido olvidado por sus descendientes. Sin embargo, á los regocijos oficiales y populares ocasionados por esta alianza, se han unido sentimientos muy diferentes: al lado de los aduladores que se sienten dichosos reconociéndose como

lacayos de un elevado personaje, no han faltado hombres que se sintieran satisfechos al manifestar simpatía por un pueblo extranjero, formándose una unión que, aparte de las ceremonias oficiales, constituye un elemento de la fraternidad futura. La derrota de Rusia en Oriente y la Revolución que ruge desde el mar Negro al Báltico ha avivado ese sentimiento, mientras que en las altas esferas se ha enfriado proporcionalmente.

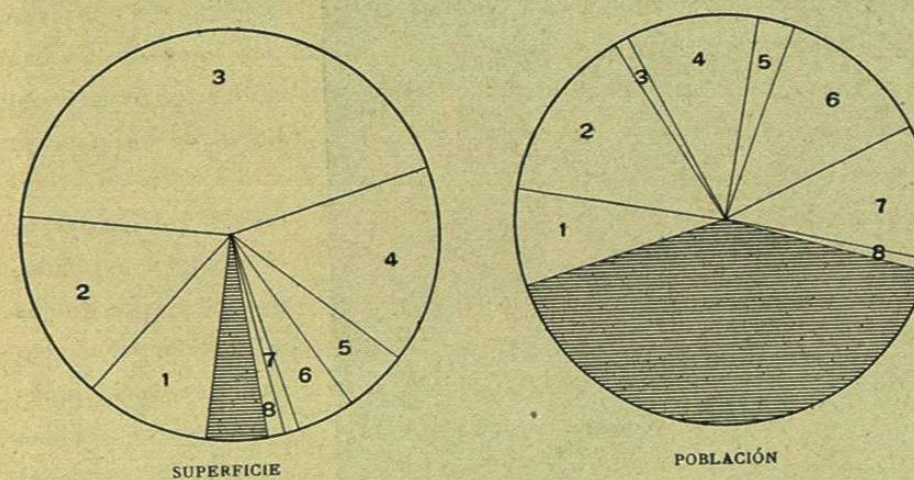
La política «bajamente burguesa» que dirigió los asuntos políticos de Francia y de toda Europa durante el centenario de la Revolución, se caracterizó bien por las amenazas oficiosas que el gabinete francés dirigió á la Puerta en 1898, después de las horribles matanzas de Armenia. El sultán, embriagado por su omnipotencia, osó contrariar algunas indignas especulaciones de capitalistas europeos. «Tened cuidado, se le avisó en seguida, no han de hacerse ilusiones en Constantinopla. El morboso temor de las responsabilidades, que ha paralizado la acción de las potencias, no garantiza en modo alguno á la Puerta la impunidad acerca de las indemnizaciones de que se trata... Mientras sólo se trataba de humanidad, de derecho y de protección á una clientela en peligro de muerte, Europa podía retroceder... Cada potencia encuentra toda su lucidez y toda su energía cuando se trata de los intereses materiales de sus jurisdiccionales»¹. Matad vuestros Armenios si se os antoja, pero no toquéis á nuestro dinero.

En verdad que semejante indiferencia ante las injusticias más flagrantes, ante los crímenes colectivos más espantosos, podía fundamentalmente inclinar á los pesimistas á pensar que el manantial de todas las buenas pasiones se había irremediabilmente agotado. Y sin embargo, en aquella época se produjo un acontecimiento en sí trivial, una injusticia cometida á sabiendas con un oficial por el delito de no ser simpático á sus camaradas. Cosas semejantes ocurren todos los días, pero se necesita cierta combinación de circunstancias, además el tiempo necesario para que la opinión se apasione y por último el talento y el querer comunicativos de algunos hombres valientes para determinar el movimiento general.

Todos esos elementos se reunieron en el proceso Dreyfus, que

¹ Artículo de *Le Temps*, reproducido por el *Mechveret*, 1.º Agosto 1898.

fué el proceso del ejército, no solamente del ejército francés, sino de todos los ejércitos de todos los tiempos y de todos los países, porque estableció las consecuencias fatales de la autoridad indiscutida, la crueldad, la necedad, el espíritu sistemático de capricho y de mentira, y sobre todo la subordinación de todo sentimiento de justicia y de honor al espíritu de cuerpo. Tantos votos y tantas voluntades, lanzándose de todas las partes del mundo, se unieron en este proceso, representación de millones de otros procesos desconocidos ó



Francia y sus colonias

1. Argelia y Túnez. — 2. Sudán y Africa occidental, desde el Senegal al Dahomey. — 3. Sahara. — 4. Congo. — 5. Madagascar. — 6. Cochinchina, Cambodge, Annam. — 7. Tonkin. — 8. Otras colonias en Asia, Africa, América y Oceanía.

descuidados en general, aunque conocidos en un círculo local, que puede verse en él un acontecimiento de orden universal y que por esto mismo ha «contribuido á la futura unidad de la raza humana». Además alcanzó una belleza trágica por su larga duración, por sus conmovedoras peripecias y por su efecto teatral. «Por los ataques feroces, pueriles, hipócritas de los unos, tuvo el interés complicado de los dramas bárbaros, y por la firme defensa de los ciudadanos, adquirió la sencilla belleza armoniosa de la tragedia antigua»¹.

Esa guerra furiosa de las dos mitades de Francia, á propósito de un hombre que ni por su genio, ni por su inteligencia, ni sus cuali-

¹ Ch. Péguy, *Revue Blanche*, 15, VIII, 1899, ps. 631, 632.